

# El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50  
Ptas.—Un año, 23 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 134

Sevilla—Martes 16 de Junio de 1903

AÑO XXVII

## El tesoro de la República

El entusiasmo crece en Madrid, en las provincias y en toda la América española. Nuestros colonos de Argelia y la numerosa colonia española que reside en París y en otras ciudades importantes de la republicana Francia, se constituyen comités, se organizan juntas, se celebran reuniones para allegar elementos, para coadyuvar y contribuir al tesoro de la República, respondiendo así al llamamiento del elegido de todos, del caudillo en quien hemos depositado nuestra confianza.

No hablemos de cantidades. Cada uno contribuye en la forma que sus fuerzas lo permiten. El que no pueda desprenderse de una cantidad en un tirón, que vaya haciendo giros periódicamente. El pequeño óbolo del obrero, el cheque del potentado, jornales, salarios, honorarios, días de haber, productos de venta de industriales y comerciantes. Todo, todo se acepta, porque el requerimiento del jefe es no sólo un llamamiento al bolsillo de cada uno, sino que además significa algo á manera de plebiscito que nos sume, que nos cuente, que diga á propios y extraños cuál es el número y la calidad de los republicanos españoles en todas las clases sociales y en todas las manifestaciones de la actividad humana.

Las revoluciones se hacen cuando se puede, y se hacen con voluntad al servicio de la idea y con medios materiales para su realización; que si el dinero es elemento indispensable, también se requiere como condición precisa una gran fuerza de opinión y una numerosa suma de voluntades al servicio de la causa.

¿De qué sirve á los elementos de la aristocracia de pergaminos y de la de nuevo cuño, formada por los adinerados, reunir una importante suma, ya para darnos la batalla en los comicios, ya para contrarrestar el empuje del potente ejército de la democracia, si no tienen soldados, si no encuentran adeptos que los secunden? Así realizamos el glorioso triunfo electoral de 25 de Abril, así logramos también el triunfo decisivo con el óbolo de todos, pero asociado al esfuerzo pecuniario el servicio personal que la causa de la República reclama de todos.

Nuestros hermanos de América darán lo que puedan. Contribuirán seguramente con sumas importantísimas; pero los actos ya realizados por el entusiasta celo patriótico de aquellos republicanos españoles tienen otra significación de un alcance extraordinario en el orden moral, porque vienen á confirmar que el movimiento republicano, que alguien calificó de *hoguera de virtudes*, se extiende tanto, está tan poseído de los corazones españoles, que lo mismo lo sienten y lo consagran los que en la península sentimos de cerca los golpes de la reacción, que los que lejos de la madre patria profesan el culto á las ideas redentoras que han de devolver á España el respeto y la estimación de los pueblos cultos.

El tesoro de la República es algo más que la recaudación de fondos: es el plebiscito, la apelación al pueblo, el *referendum*, en fin, que ponga de manifiesto al mundo que, si somos los mejores en calidad, que si somos los únicos representantes de la causa de la justicia y del derecho, también somos la falange más numerosa, nutrida y disciplinada, de las huestes políticas que luchan en España, unas por el poder para saciar sus apetitos, y nosotros por el poder, sí, para realizar el derecho.

A depositar todos nuestras monedas en el tesoro de la República, que es á la vez el censo republicano, el padrón de los ciudadanos enemigos del régimen al servicio de la causa republicana.

A. A.

## Murmuraciones

Comenzaremos por resucitar á la tiple Enriqueta Alemany, quien, después de haberla matado, ó haberla dejado morir en un hospital de Barcelona, resucita á ocho días vista en su casa torre.

Quién haya sido el asesino, no se sabe; pero la prensa en general se hizo solidaria de la mentira.

Joaquín Dícanta nos contó en un artículo algo lacrimoso que la pobrecita Enriqueta había muerto en la mayor miseria porque todo lo había dado: dinero, joyas, trajes, sonrisas y... demás cominitos amorosos.

Y como ahora resulta Enriqueta en su casa torre, tendremos que convenir en que no lo dijo todo, sino que hizo lo que el general veterano de *Potencia á potencia*:

“... Quien tuvo, retuvo, y guardó para la vejez.”

Ya decía yo: Enriqueta nada tenía de tonta.

Y por lo que se ve, aunque diera las sonrisas, todavía guardó las joyas y su casa torre.

En donde conservará las últimas silbas que le dieron en el escenario del teatro Cervantes de Sevilla.

*El Imparcial* de Madrid y Salomón, ó Séneca, el sabio cordobés, son una misma cosa.

Porque los sorianistas y los blasquistas andan á moquetes, ó á tiros, en Valencia, quiere echar la responsabilidad de lo acaecido, y de lo que pueda acaecer, sobre el jefe de los republicanos españoles Sr. Salmerón.

Las cuestiones suscitadas en Valencia son cuestiones particularísimas que afectan á una localidad en la que hay dos hombres que se odian. Si perturban el orden, ahí están las autoridades para imponerle con energía, procediendo como mejor deba hacerlo.

¿Qué tiene que ver la República, ni el partido republicano español, con que las pasiones de dos hombres, ó de uno, se exterioricen, y de ellas se hagan solidarios los demás?

Lo que parece cierto es que hay un marcado interés por parte de carlistas y alfonsinos en sostener ó alimentar ese estado de cosas en Valencia para desacreditar al partido republicano en uno de sus mejores baluartes.

¿Acaso eso es nuevo en España? Cumplan las autoridades con sus deberes, y el que falte á la ley que sufra el condigno castigo.

El Sr. Salmerón es jefe de un partido serio y de honrada historia, y no es maestro de escuela que castiga á los chicos alborotadores.

Si la República estuviera establecida en España, y el Presidente del Consejo de Ministros lo fuera el Sr. Salmerón, podría hacersele cargos con alguna justificación.

Su autoridad, hoy por hoy, es puramente moral.

Si hay quien no le obedece, guiado por móviles que nosotros no podemos calificar porque los desconocemos, ¿qué culpa tiene el Sr. Salmerón?

¿Puede, acaso, el Sr. Salmerón ordenar á la policía que cumpla con sus deberes so pena de destituirlo?

¿Puede ordenar al juez de guardia que persiga á los revoltosos?

Por su parte, la prensa republicana de España no ha podido estar más juiciosa é imparcial en este asunto en que se ventila únicamente el predominio ó las rencillas de dos personalidades republicanas.

Condenó, en un principio, lo que juzgó una mala acción de un hombre rencoroso, y después se abstuvo por completo de emitir opiniones para no echar leña al fuego.

No así la prensa monárquica, la que parece que ha recibido órdenes especiales para ocuparse en ese asunto, dándole mayor preferencia á los rencores ó venganzas de un particular que á los proyectos reformistas que atañen á la nación entera.

¿Que el partido republicano español pierde en esa contienda?

No lo creemos, ni habrá persona de juicio que lo sostenga.

El partido republicano, como todos los partidos, no está libre de que en su seno se levanten tempestades *particularísimas* entre dos hombres.

Y hora es ya de que la prensa republi-

cana rompa su silencio y ponga los puntos sobre las íes.

El que sea malo, que lo quemem.

Y si el Sr. Soriano es un rebelde á las decisiones del Jefe del partido republicano español, dígame claramente, y que se exima el partido y el jefe de esa responsabilidad.

A los hermanos maristas les han negado en la Corte que se establezcan... ¡Caramba, tristes estarán los pobres! Se les van las buenas mozas, se les van los ricos dones, y se les van las herencias que reparten á los pobres.

El Sr. Conde de Romanones ha tirado las patas por alto porque han declarado grave el acta de diputado de su correligionario el Sr. Marqués de Paradas.

Como venganza, cuenta un periódico de Madrid que ha jurado que, al constituirse el Congreso, los liberales pedirán diariamente que se cuente el número de diputados.

¡Energico de verdad es el Sr. Conde!

Esa energía que quiere demostrar en el Congreso debería demostrarla para desmentir esto otro:

“En lo que más, llamamos la atención es sobre la treta de haberse inscrito ahora como diputado en la circunscripción de Cartagena el conde de Romanones, cacique máximo y negociante peritísimo, porque tiene allí *más de veinte millones de pesetas* que defender, por vía de negocios explotables.

Y si allí va con el aparente objeto de acabar con el caciquismo, es á la manera de aquel usurero que pagaba sermones contra la usura, para que desistieran de ejercerla sus colegas y le dejaran solo; pero estamos aquí nosotros para descubrir cuáles son los negociados que él persigue, ¡caracoles! que en esta oligarquía de la restauración católico-vaticana nadie se descuida, y el que no cojea, renquea, y á muchos bien se les ve de cuál pie, en cuanto echan á andar.”

Aquí tenemos otro gallo tapado como el gallo de las minas de Linares.

¡Y luego dice el Gobierno español que no tiene dinero!

En cuanto cobre en las minas de Linares lo que ha debido cobrar, y lo que debe cobrar, tiene que la sobra para el fomento de la escuadra.

Flores que le echa á la monarquía reinante el Sr. D. Melquiades Alvarez:

“Esta dinastía que nos rige representa por su tradición el odio al espíritu democrático. Sus reyes han sido siempre *los enemigos del pueblo*. Sus intereses incompatibles con los de la nación. Sus inspiraciones y sus iniciativas, funestas para todo cuanto significa civilización y progreso. Salvo Carlos III, que tuvo el buen acuerdo de rodearse de gobernantes ilustrados y patriotas como Aranda, Campomanes y Florida-Blanca, *todos los demás representantes de la casa de Borbón han envilecido con sus locuras y á veces con sus crímenes*. Los nombres de Fernando VII y de Isabel II serán execrados perpetuamente en la historia. Y no hablo de otros cuya memoria aún es reciente y que han empujado á esta pobre España, con sus desaciertos, hacia el abismo de miseria y decadencia en que hoy se encuentra.”

Como hablaban los monárquicos de ofrecerle una cartera ministerial á don Melquiades, éste se ha propuesto darles la razón.

En cuanto lean eso los Borbones que cobran hoy... ¡enseguida le ofrecen la cartera!

Ha fallecido el verdugo de Varsovia. Nos alegramos.

Acabo de leer el siguiente pensamiento:

“Para conocer cómo un hombre público gobernará el Estado, es preciso preguntarle cómo gobierna su casa.”

Y para preguntarle cómo gobierna su casa es preciso que la tenga.

Porque los más de nuestros hombres de Estado han pasado á gobernar el Estado desde la casa de huéspedes.

Y ahí está la estatua de Elduayen: que se le pregunte.

Llegó á Madrid con un trapo atrás y otro delante, sin alpargatas, y murió sin familia, pero... con veinte millones de duros.

¡Y hable usted luego de los pobrecitos presidiarios!

Estos dos párrafos son de Joaquín Dícanta:

“Los veo allá abajo, hacia el Sur, agrietándose para adquirir mayor superficie y humedecer sus extremidades en el mar... Son los campos de Andalucía, caldeados por los rayos del sol, vestidos á grandes trechos con gallardas espigas de oro, y á grandes trechos faltos de cultivo y suspirando su forzosa esterilidad por las bocas de sus quebraduras reseca.

Estas superficies incultas no pertenecen al Estado; son propiedades de señores particulares, quienes, tan oscuros de recursos como sobrados de vanidad, dejan vivir muertas para la producción española, y para el sostén de miles de individuos, hectáreas y hectáreas que otros hombres podían hacer fértiles con el esfuerzo de sus brazos, faltos de tarea, y en beneficio de sus estómagos, faltos de pan.”

Pero que no *pué sé*.

Hay que respetar la propiedad.

La Santa Propiedad.

Y que se muera de hambre la Santa Humanidad.

CARRASQUILLA.

## La suscripción republicana

En primer lugar vamos á transcribir á continuación la siguiente advertencia que hace nuestro querido amigo D. José Nakens:

“Queridos correligionarios:

No hagáis maldito el caso á los que digan que el dinero pedido por el señor Salmerón es para las elecciones ni cosa parecida.

Los terribles revolucionarios (?) que tal especie propalan pueden inventar otra que les sirva mejor que esa para ocultar su tacañería.

Lo mejor de la petición es que va á dejar al descubierto á muchos farsantes de los que aseguraban que para ciertas acciones se contase en primer término con ellos.

Las caretas están de pésame. Llegó la hora de arrancarlas.”

Y en segundo lugar, y original del mismo escritor, vamos á publicar las siguientes reflexiones, con las que estamos completamente de acuerdo:

“Pero, si mi opinión valiese, deberían publicarse semanalmente las cantidades que cada republicano diera. Así sabríamos en lo que cada cual estimaba la venida de la República, y podríamos admirar, con perfecto conocimiento de causa, el desprendimiento de los hombres de buena posición del partido, quienes seguramente aprovecharán esta ocasión para demostrar que quieren poner su esfuerzo á la altura de su patriotismo.

Voy á anticiparme á las objeciones. Se me dirá:

“Si se recaudase poco, los monárquicos se alegrarían.”

Convenido; pero como la cosa hay que hacerla, porque se trata de la salvación de España, ya buscaríamos otra manera de pagar.

“Si se recaudará mucho, los monárquicos lo sabrían.”

Mejor; así estarían siempre con el agua al cuello.

“Que muchos republicanos de buena posición, al enterarse de que alguno que también la tiene había dado poco, lo imitarían sin gran esfuerzo.”

Posible es; mas no es imposible lo contrario, esto es, que se estableciera entre ellos una puja de generosa emulación.

“Que á algunos, por circunstancias especialísimas, pudiera no convenirles que su nombre figurase en lista.”

Que adopten un pseudónimo,



"Que á algunos de los que están en condiciones de entregar de 25.000 pesetas en adelante, les molestaría el que se creyera que trataban de hacer un alarde ó dar una lección á los demás."

Digna de atenderse sería esa objeción. Pero pudiera arreglarse de este modo; diciéndole cada uno de esos republicanos al jefe: "Cuenta usted con tal cantidad, que haré efectiva en cuanto usted me lo indique, avisándome con tantos días de anticipación." Y como este ofrecimiento, siendo ellos quienes son, equivaldría á tener el dinero en caja, bastaría con publicar el nombre de esos republicanos en la lista, sin fijar la cantidad. Con esto sabríamos todos que habían contribuido y se evitaría el inconveniente señalado.

Mírese como se mire, sería de gran efecto publicar la lista de los donantes para todo esto.

Pocos serán éstos, pues los republicanos tenemos á orgullo el ostentar ese título. Mas como para todo hay remedio en el mundo, esos tales podrían adoptar un pseudónimo.

Para satisfacción de los que den.

Para vergüenza de los que se retraigan.

Para enterarnos de una vez si efectivamente podemos y valemos.

Para que, si vienen glorias, las compartamos en la medida que á cada uno equitativamente nos corresponda.

Y si llegan palos, que alcancen á todos en más ó en menos.

El antiguo sistema de hacer estas peticiones en secreto (secreto á voces en último término) daba este resultado:

Que los encargados de recaudar fondos se ufanaban con sacrificios que hacían otros (salvo contadas excepciones).

Que á los contribuyentes no les alcanzaba ni aun la satisfacción de que supiera que habían contribuido.

Que, por esto, se retraían muchos republicanos de responder á excitaciones parecidas á las de ahora, aunque nunca hechas con tanto convencimiento y tanta valentía.

Y que, en estas callejuelas y estos laberintos del misterio, se perdía la fe, se amenguaba el entusiasmo y eran pobres, mezquinos y ridículos los resultados.

Comprendo que nadie se entere ¡esto no!, de si destinamos los fondos á sufragios por las ánimas benditas ó á mantener bailarinas en buen uso; mas no veo inconveniente en que se sepa que los poseemos y quiénes se han honrado contribuyendo.

Y último argumento:

Cuando el Sr. Salmerón ha tenido patriótico, valentía y abnegación (ésta sobre todo, siéndole él como es y pensando como piensa) bastante para pedir fondos, ¿quién será tan cobarde y tan poco patriota que se recate para negárselos ó para rehuir que su nombre aparezca en la lista?

Dando el jefe la cara, ¿quién va á ser tan pusilánime, tan previsor ó tan cuco, que esconda la suya?"

## POR SU MAL

La vida del primero de los Abderrahmanes parece un cuento oriental. Escapado como por milagro al exterminio de su raza, recorre, á título de conspirador y pretendiente, el Africa septentrional. Llámale á España los jeques árabes, descontentos del Gobierno de los emires.

Desembarca en nuestro suelo como representante del derecho de los Omeyas. Desde aquel día se inició para él una existencia de lucha incesante, encarnizada, sin tregua ni reposo.

Estos fundadores de dinastías suelen ser hombres terribles. Pelean como colosos y codician como indigentes. Son los órganos de las razas jóvenes que luchan y triunfan.

Más de treinta años de combate costó á Abderrahmán la fundación del gran califato de Córdoba. Durante este tiempo no hubo esfuerzo que omitiera, ni barbarie ó crimen ante los cuales retrocediese para el logro de su obra política. Y forzado el éxito, llegado el día en que el gran luchador debía recoger los laureles de la victoria, viósele temblar por vez prime-

ra; medroso, estremecido, perseguido por el fantasma de sus víctimas, receloso de imaginarias venganzas, buscando en tropas de esclavos y de mercenarios un amparo contra el odio de sus súbditos. Los últimos años de la vida de aquel hombre extraordinario fueron una congojosa agonía.

Muchas coincidencias hubo de producir el acaso para que Enrique el Bearnés ascendiera al trono de Francia. Para ello fueron necesarios la muerte prematura y la esterilidad de los últimos Valois, los efectos contraproducentes de las intrigas de Catalina de Médicis, el abatimiento de los Guisais, la impotencia de la Liga, el fracaso de la tortuosa política del *Demonio del Mediodía*.

Mimado por el azar, favorito de la fortuna, ciñe la corona el primer Borbón de Francia, tras haber comprado á París con una misa. Y él también encuentra la desventura en la victoria. Desde el día en que ve realizados sus sueños, no hay ya para Enrique IV hora de reposo.

Michelet ha descrito de admirable modo la sombría pesadilla en que él antes tan alegre rey, uno de los monarcas más simpáticos de que se conserva memoria, pasó sus postrimerias, amagado por la conjura jesuítica, seguro de un trágico fin, llena el alma de presentimientos de muerte que el puñal de Ravillac se encargó de confirmar, librando al mísero monarca del peso de semejante vida.

Si hay predestinación, Oliverio Cromwell fué un predestinado. Nunca la naturaleza dotó á hombre alguno con tal solitud de las cualidades requeridas por su misión. Quiso la ironía de la suerte que aquel hombre, que debía encarnar una revolución, fuese detenido por una orden arbitraria en el momento en que se disponía á abandonar para siempre la Inglaterra en demanda de nueva patria. Mal podía imaginarse Carlos I que al firmar tal orden, firmaba su sentencia de muerte.

Nadie como Cromwell ha dominado los acontecimientos, nadie le ha igualado en el arte de hacerlos servir á sus designios. Terciando en la querrela entre el Parlamento y el Rey, acaba por hacer decapitar al Rey y por disolver el Parlamento. El audaz y genial aventurero seerige, bajo el nombre de Protector, en soberano de su país. Y de nuevo se reproduce el singular fenómeno. Llegado Cromwell á la cumbre del poder y de la grandeza, la paz, la tranquilidad, el sosiego le abandonan para siempre. Inquieto, receloso, presa del terror y del remordimiento, vive en perpetua angustia. Se aísla, huye de sus amigos, desconfía aun de aquellos que están á él unidos por los vínculos más estrechos. No osa presentarse en público sin que entre él y la muchedumbre se interponga una barrera de soldados. Oculta como un misterio el lugar adonde acude á procurarse algunas horas de turbado sueño. El temor, la sospecha, la tristeza, el hondo disgusto de la vida engendran la fiebre que le conduce al sepulcro.

Esto ha sido el éxito para aquellos hombres superiores en los cuales fué el genio proporcionado á la ambición. Con los ambiciosos mediocres es el destino menos duro. Rara vez su desdicha alcanza las proporciones de la tragedia. Pero ellos también, en pequeño, quitan la amargura que suele acompañar el triunfo. También para ellos son engañosas las sonrisas de la fortuna. Puestos en el escenario social, la exigüidad de su talla se hace manifiesta. El contraste entre sus pretensiones y sus capacidades produce la impresión de lo cómico. Dueños del poder que tanto anhelaron, no saben qué hacerse con él. El logro de sus codicias constituye su castigo. La vanidad de esos hombres encuentra su Waterloo donde soñara su Austerlitz.

¡Ah, Sr. Silvela! ¡Ah, Sr. Maura! Por su mal le nacieron alas á la hormiga.

ALFREDO CALDERÓN.

## MINISTROS DE PAZ

I

Es curiosa en demasía, y de tal fuerza educativa, la historia que, en *Le Matin*, refiere el eminente periodista F. I. Monthon, que no puede resistir al deseo de traducirla con pelos y se-

ñales, para que se vea de lo que son capaces los ministros de la paz...

El epígrafe á esa historia es

### RÉSUSCITÉ

Las historias son como las mujeres: no tienen edad cuando son bonitas. Es con el beneficio de ese aforismo con el que quiero rejuvenecer un curioso episodio de la última cruzada y referir como un día del mes pasado los ministros de paz trataron de despedazarme por el amor de Dios.

Sí, aunque mi epidermis lo puede aún atestiguar, esta evocación es ó parece ser tardía: échese la culpa al vigor de los garrotes más bien que á la pereza de mi pluma. A la contra de los muertos que van de prisa, los resucitados van lentamente, y he tenido que emplear algunas semanas para regresar de las gargantas, mejor dicho, de los cortagargantas de la Cartuja, hasta mi mesa de periodista.

Serían las cuatro de la madrugada. El alba plomizo destilaba una lluvia sutil cuando los vigorosos caballos montañeses, que habían devorado los cincuenta kilómetros de abrupto camino que separa á Grenoble del convento, penetraron en el último desfiladero, á lo largo de los altos paredones feudales que coronan cientos de campanarios cubiertos del globo simbólico de la soberanía cartujana; con, en las cimas, la cruz de oro como penacho.

Me pareció por de pronto que, dormido con el balanceo del carruaje, contemplaba yo de lo alto de un sueño el capricho de un extraño espectáculo; los soldados de infantería impávidos, los dragones benévolos, y entre sus fraternales filas, cohortes de levitas y ruidos de rosarios, garrotes, cánticos é injurias. Algunos soldados heridos remojaban sus pañuelos, rojos de sangre, en las fuentes, mientras que un capitán de la guardia, con un enorme tajo en una mejilla, se limitaba á ofrecer estóicamente al Señor en expiación sin duda del sacrilegio próximo.

Allí no hubo detenciones, ni cargas; ningún gesto discordante turbaba la santa emulación de los fieles, decididos á despedazar á Combes en efigie y á los soldados de rechazo.

La realidad matutina era más maravillosa que los más brillantes sueños de las mil y una noches.

Por efecto de la gracia que obraba ya, sin reparo más bien que sin dolor, el capitán de la guardia, lastimoso de ver, tendía la otra mejilla, en conformidad con el precepto divino; y el destacamento mandado para auxiliar á las autoridades civiles para ejecutar la expulsión de los santos embaucadores cartujos permanecía sereno, sin oponer á los desmanes de propaganda más que el baluarte de las mansedumbres evangélicas. Era bien que las cosas pasasen así; puesto que la ley es ciega, es preciso que se apoye en un palo.

Bien pronto fui distraído de esa psicología inaugural por formidables clamores:

«Cochinos, ladrones, piojosos, falsarios, canallas! ¡Al agua, á muerte, mueran!»

Había una letanía y cuasi un diccionario; había tanto, que ese enorme estado civil no podía evidentemente cuadrar más que á funcionarios civiles de la República. Eran, en efecto, los magistrados que hacían su aparición para proceder á la expulsión á ellos encomendada por su gobierno.

Sorprendidos por de pronto de esa recepción tan adjetivada, los magistrados se pusieron algo nerviosos, y su nerviosidad estuvo á punto de turbar la armonía de la fiesta; pero pronto pudieron convencerse que no era más que como pasatiempo, que los neos se entretenían en bautizarlos de nuevo. No era para ellos que se hallaban preparados los garrotes del santísimo sacramento. Era para los impíos periodistas.

Tan pronto como penetré en los puestos de la vanguardia y me mezclé á los grupos hostiles de la prensa que dirige Mr. Baragnon, un grito se dejó oír á mi espalda.

¡Este es! ¡Este es!

Un vicario, al asecho, me designaba á los fanáticos, con su paraguas belicoso, gritando hasta perder el resuello:

—¡Este es! Por aquí, fieles defensores de nuestra santísima religión.

Desde aquel momento los energúmenos no se ocuparon ya del Procurador de la República, ni del juez de instrucción, exactamente como si esos funcionarios hubiesen desempeñado su ministerio á veinte leguas del sitio en que nos hallábamos; hasta los mismos santos cartujos fueron olvidados, para no ocuparse más, los energúmenos, que de los periodistas más ó menos anticlericales.

Cuando á las siete, Dom-Michel surgió por la puerta principal de su monasterio; no quedaba casi nadie para acompañarle y para aclamarle. Los montañeses que habían acudido desde lejos

para presenciar el espectáculo, cansados de esperar habían vuelto á sus tareas del campo y el círculo católico de Grenoble formaba un marco de curas, en el centro del cual me hallaba.

Yo no había realizado nada que me obligase á tomar una actitud de *Ecce homo*; yo no había, como mi colega *Le Petit Dauphinois*, cuyos amigos blandían enormes garrotes encima de mi cabeza, reclamado durante 20 años la expulsión de los frailes. Yo no había herido ni la fe religiosa, ni convicciones leales y, simple viajero que va un poco á todas partes cosechando cosas de visu, había tentado á la Cartuja de aliar mi independencia de escritor público con el respeto natural para los proscripios. O más bien yo había hecho peor que eso: yo había cometido como me lo quisieron probar, el pecado capital que el aplamamiento de mi cráneo culpable solo podía expiar.

Llegado á Grenoble en el mismo instante en que Joseph Besson salvaba la República en nombre San Bruno, y en que los partidos, siempre despreocupados de la limpieza de los proyectiles con tal que siempre diegan en el rostro, transformaban al *factotum* de la casa Baragnon en una especie de purificador nacional; yo tenía la curiosidad malsana de querer ver desde cerca ese *soit disant* fenómeno; yo había visto lo que la zorra del cuento: que era un pellejo vacío.

No conocía á Besson el acusador, ni á Edgar Combes, el acusado de conculcador. Mi único objeto era de recoger para mi diario *Le Matin* informaciones auténticas, y en ese periódico libre, en cuya redacción ó dirección nunca me impusieron convicciones, y mucho menos á garrotazo limpio, yo estaba seguro de poder, como me mandaba mi conciencia y con pruebas, también acusar ó defender.

He defendido porque, al acabar mi conversacion con diputado Pichat—el desgraciado anciano que se ha castigado con más dureza que á mí por su franqueza, puesto que se le ha deshonrado con unos embustes—yo tenía la seguridad que la acusación contra Edgar Combes no era más que una maniobra de mala ley y el acusador un visionario de ocasión, embriagado hasta la inconsciencia por la espuma gloriosa del reclamo y del ruido. He defendido porque, volviendo de nuevo para hablar por ese José vendido por su hermano, yo le había dicho:—Si necesita usted la consagración de los tribunales, no le queda á usted más que un medio para obtenerla: el de no ocultar las pruebas que usted posee, de la conculcación de Edgar Combes, sino al contrario, exhibirlas al día claro y apoyar sobre bases sólidas vuestras palabras, ligeras en demasía, con el peso de un documento escrito ó con una prueba de un testigo.

«Entonces, puesto que usted teme, para producir tales pruebas, la insuficiencia de un pequeño periódico de provincia, ofrezco á usted las columnas de *Le Matin*».

Joseph Besson, que su mentalidad predisponía á la oración jaculatoria, me había contestado con su propia voz:

—¡Trueno de Dios! Puesto que usted quiere pruebas, las tendrá usted.

Las he tenido las pruebas, y si no me hallo completamente convencido, no ha sido por falta del trueno de Dios; bajo forma de gruesas varas de acebuche, herradas en las dos puntas.

Por ser el artículo de mucha extensión, dejo para mañana la parte más sensacional del mismo.

Por la traducción,  
ADOLFO VASSEUR CARRIER.

## Agua al vino

Dice un periódico monárquico-radical:

"Hay que acometer dentro de la monarquía, y desde luego, todo cuanto pudiera hacerse con la República, según lo dijo, aunque no lo puntualizase, el señor Montero Rios."

Lo que hay que hacer es conservar la memoria, no olvidar los desaires recibidos, ni las reformas rechazadas, ni las frases hueras y ñoñas que costaron inmensidades de territorio.

Una larga y dolorosa experiencia ha demostrado que dentro de la monarquía no cabe, desde luego, más que el falseamiento de lo que pudiera hacerse con la República.

Ahi están el régimen parlamentario, la administración municipal, las leyes de la Hacienda, la ley de reclutamiento, el Jurado y las reformas sociales, acreditando nuestro aserto.

Se espigó en el campo republicano el rotulado de las reformas democráticas y